

PATRICIA DE SOUZA

VER  
GÜE  
NZA



CASA & CARTÓN



VERGÜENZA



Patricia de Souza

# **VERGÜENZA**



CASA DE CARTÓN

© Patricia de Souza, 2012

© Editorial Casa de Cartón S. L., 2014

© Imagen de cubierta: *Mujer sentada con sombrilla*,  
de George Pierre Seurat, 1885.

© Diseño de cubierta y de interiores: Servicios editoriales Eclipsa, 2014

Editorial Casa de Cartón  
editorial@casadcarton.es  
www.casadcarton.es

Todos los derechos reservados

Primera edición en Venezuela: 2013.

Primera edición en Narrativa Casa de Cartón: Marzo, 2014.

ISBN: 978-84-941345-5-5

Depósito Legal: M-2774-2014

Printed in Spain

Imprenta Print House

**María llena de gracia**





Una mañana tuve el siguiente sueño: estaba en una habitación en la que se encontraban el que debía ser mi esposo o amante, su madre y mi padre. Todos llevábamos alguna prenda negra. Mi padre, en cambio, estaba completamente vestido de negro, como algunos conductores de los buses en París. Se ponía unos guantes de ese mismo color y me decía que debía partir a manejar su bus. Mi padre es ingeniero y nunca ha manejado un autobús. Yo he vivido en París y él no conoce esa ciudad, salvo por fotografías, y tampoco estoy segura de que sea así. En este sueño, mi esposo es hijo del dueño de un periódico muy importante. Un hombre directo, de tez pálida y cuerpo macizo con venas azules. Su madre era en la realidad la abuela, un personaje de la historia nacional en mi país, una mujer independiente que fundó una de las primeras revistas de opinión. Mi primer trabajo como periodista es en esa revista, una de las razones por las que pensé que ese sueño podría simbolizar la entrada en una realidad que hay que construir, donde las imágenes no son solo huellas sino textos hablantes, donde debo pasar de la contemplación a la acción. Enseguida yo bajaba de la cama, me ponía unas chinelas muy ligeras y me dirigía hacia un baño. Al caminar, sentía la tela vaporosa de la falda rozarme la piel: me sentía fresca, nueva, llena de confianza, como cuando era niña y me impacientaba por entrar en la vida. Más tarde, este sueño me ha parecido el anuncio de lo que significa escribir: entrar en la vida con confianza, sin retroceder, avanzar hasta el centro de la experiencia, abandonarse y dejar que las palabras construyan otra realidad, lejos de esta, perturbada hasta la neurosis, que me da una imagen borrosa de mí misma

en la que no me reconozco, no me veo. Hace tiempo que no escribo nada con una intención de narrar, contar. Era imposible que siguiese las huellas con un sentido ordenado, no podía reconstruir el pasado, imposible cualquier trabajo lógico con la memoria. La realidad me parece fragmentada, arbitraria y absurda, sus huellas arden y tienen un olor intenso. A cada fragmento, se ha impuesto una frase que se resiste a la lógica narrada, quizás porque en esa resistencia a ser castrada, o «colonizada», como me gusta decir, esté en juego la libertad de esa otra mujer que espera. Tal vez sea eso, no lo sé, solo sé que es una obsesión que me ha empujado a ver a través de esos vacíos, esos huecos. ¿Y qué veo? Rostros, experiencias dispersas y una persona que las registra para colocarlas dentro de una falsa continuidad siguiendo el ritmo de una especie de cinematografía personal. Luego de este sueño tuve esta intuición: no se puede decidir abandonar la narración, es un líquido caliente que brota desde el centro exigiendo cavar surcos con las manos, marcar rutas para que su contenido no se extravíe y se seque. Encontrar el hilo y salir del laberinto.

Pero el laberinto siempre han sido los otros.

2004: estoy viviendo en México, no tengo hijos, nunca he hablado de eso seriamente con ninguno de los hombres que he conocido. Ni de los abortos, ni de la culpa, ni del miedo a ser una mala madre. Conozco a muchos niños solitarios que avanzan con los brazos extendidos pidiendo lo mínimo, y siempre me ha parecido imposible no ceder a la tentación de adoptar uno de ellos, quitárselo a la calle, calentar sus sueños. Si hubiese sentido la necesidad de ser madre habría adoptado para sentir que cumplo con un rol social, con un esquema. La maternidad ha estado siempre ligada a la imagen de una mujer sometida, a aquellos rostros de mujeres agotadas por el trabajo y el maltrato. Es esta imagen devaluada, de mujeres solas, en medio de un silencio cada vez más grande, la que más me ha marcado. No he podido verlas fuera de esa comodidad vergonzosa que la sociedad les ofrece, ninguna ha brillado en esa noche, ningún grito de niño las ha devuelto enteras a la vida, ni confirmado la importancia de su libertad, es por eso que no siento haber renunciado a nada que me pertenezca de verdad.

Siempre me he visto, me veo, como la hija de mi madre, como la hija preferida de ella, pero no como la madre de nadie. Creo que esa primera intuición (de que no sería madre) la tuve muy pronto, cuando llego a esa revista donde empiezo a trabajar como periodista. Llego vestida como una parisina, llego de París, con una minifalda, una vincha negra que me aprieta la cabeza y me deja la frente descubierta, mocasines negros, una blusa blanca. Decidida a mentir, entro en la oficina del director, le digo que he trabajado en la revista *Paris Match*, que he hecho muchas entrevistas, todo eso es mentira. Pero solo yo lo sé. Me alejo de la realidad a través de la ficción, no quiero que sea una imposición parir, criar, controlar a una familia.

Antes, se trataba siempre de inventar una historia personal, es decir, he falseado los modelos y he cambiado los hechos a tal punto, que me cuesta establecer la diferencia entre ficción y realidad. Ahora siento que debo intentar desmontarlos para ver qué hay dentro, sin miedo, sin pretextos, con un completo impudor.

Cada vez que me decido a escribir, sé que tendré que soportar el silencio para dejar que otras voces hablen en el interior, escuchar ese tumulto y elegir... por mucho tiempo, le he temido al silencio, le he huido y lo he llenado de ruidos externos con un miedo endémico que viene de mi familia, de mi cultura, de mi país. Pero, hay un silencio más terrible, el que nos obliga a aceptar un mundo sin respuestas que hay que justificar en su forma más absoluta: escribir.

O perder las experiencias, dejarlas pasar y que se absorban con el tiempo. De ahí también un gusto marcado por la pintura y la fotografía, todo lo que fija, todo lo que paraliza el tiempo. ¿Se salva algo del olvido cuando se inscribe, qué permanece y cómo facilitar esa Némesis? A veces he pasado horas tratando de reconstruir una escena, colocarme en el centro de ella, percibir su olor, su latido lento y sangre hirviendo.

El desarraigo produce siempre una combustión interior que me empuja a buscar la aceptación de los demás, de niña estoy dispuesta a todo por una mirada de apego, una sonrisa clara, extendida. Los baños son un remedio a esa sensación de marginalidad, baños bajo agua tibia en una pieza clara donde

una ventana abierta recorta un paisaje inmenso y árido, con un viento que se golpea contra las ventanas, como un animal que busca algo que conoce y luego se va. Caminaba durante horas por las calles, miraba las hojas que caían de los árboles, las altas crestas de la cordillera, pensaba que llenaba mi vacío con esa presencia, las preguntas se peleaban en mi cabeza, intentando un ejercicio de coherencia, sabía que no escaparía de esa necesidad de saber, de explicar; a lo mejor supe desde el comienzo que no me iban a preguntar nada y que tendría que levantar la voz, golpear la carne para que brote savia, oliendo siempre esa promesa de inercia, de parálisis. Esta intuición solo me abandona cuando me quedo dormida, después de mirar durante horas la ventana que se queda abierta todo el año por el calor, las extremidades, el vientre, libres, sin entrar en conflicto con el cuerpo ni el tiempo. Recostada sobre la hierba cortada del jardín miraba las lenguas rosadas del cielo, en una espera inquieta y silenciosa, llenándome de escenas como lo hago en plena clase en el colegio, con las piernas endurecidas por el frío, al borde del estupor. A veces es el cuerpo delgado de mi hermano Sebastián, frente a la puerta abierta hacia la calle vacía que me inspira una ternura enorme: ¿qué hacemos, qué esperamos?

después de horas de vagar por mi ignorancia, termino aceptando esas preguntas que se yerguen directas hacia un cielo inmenso; no sangro, y puedo abrir mi ventana hacia otras vidas, entrar en simbiosis con ellas hasta perder cualquier sensación de aislamiento. Terminamos por amar nuestra ignorancia, nos rendimos, entonces, veo cómo corro hacia los bajos del edificio donde vivo, dando brincos y agitando una cartera que mi abuela ha comprado en la tienda *Sears*, balanceándola con la mano, antes de detenerme en la entrada: ahí está el olor a humedad pegado en las juntas y en los muros, alguien ha hecho la limpieza, a lo mejor mi vecino que recita poemas de Vallejo en la madrugada y que escucho desde mi ventana siempre abierta, respirando su aliento pagano, febril y abundante. Imagino su pelo largo, su leve forma de caminar cuando lo veo pasar con sus hijos, dos niños un poco menores que yo, delgados y con ojeras, temo que estén enfermos y me da miedo pensar que nosotros también podemos volvernos así de flacos, así de pálidos. Empiezo inmediatamente a

soñar con ese padre en casaca de cuero negro y *blue jean*, imaginando que me espera en alguna parte con una mirada de sorpresa, los ojos un poco achinados, húmedos de curiosidad, sé que mi abuela fue también periodista, «una mujer de carácter», como dice mi madre. Ella ahora camina apoyándose sobre las paredes encaladas, un pesado moño blanco sobre la nuca, la mirada alta y determinada, la misma que he visto rodar por el vestíbulo de mi casa imaginando su historia con varios hombres a los que les ofreció su cuerpo, su tiempo y su juventud, el rostro ahora casi destrozado por la edad. Esos han sido algunos modelos de mujer, mujeres fuertes, gitanas y apasionadas, que deciden sobre su cabeza y su sexo. Sin embargo yo nunca he dejado de sentirme responsable de una falla en mi lenguaje, de no saber actuar, hablar, ser una mujer como todas. Me lo he prometido muy pronto: dejar de aspirar a una norma, inventar mi propio modelo.

durante la infancia mi madre nos obligaba a asistir a la misa los domingos. Aceptábamos ir para no aburrirnos porque no teníamos dinero y la iglesia se convertía en unos de los raros acontecimientos sociales. Yo observaba a las demás chicas de mi edad envueltas en vestidos cortos, de algodón, siempre elegantes, con cabelleras largas y sedosas sacudiéndose sobre sus hombros. Sus cuerpos eran sólidos y gráciles, bailarinas que desfilaban lentamente en la fila para la comunión mientras me quedaba quieta, envuelta en mis pantalones vaqueros que sentía deslizarse por mis caderas, haciéndome consciente de mi extrema delgadez. A los dieciséis años tuve mi primer regalo de parte de un hombre que me gustaba mucho, me fascinaban su edad, su altura y su rostro de pájaro. Salía de prisión por haberse metido en tráfico de drogas y no me importó saberlo, a lo mejor el hecho de que fuese rico le daba un valor irreductible, porque soy como todas las chicas de mi edad: me seduce la transgresión, me impresiona el dinero y la belleza de un hombre. El gusto por el dinero como un símbolo de fuerza, de poder masculino, en pleno estreno de *Scarface*, es algo inocente y aceptado por todas las clases sociales. En su encierro, había fabricado una gorra de cuero que llevaba inscrita sus iniciales, un nombre totalmente extranjero que me costaba pronunciar. Me rendía ante la idea de que hubiese estudiado en un internado en Suiza, lo imaginaba en

un patio, reclinado sobre un libro, las manos largas volteando las hojas. En un narco yo veía un poeta. Es la primera vez que comprendo que la ausencia de los otros será mi perdición, que no puedo soportar la desaparición de un solo cuerpo, de ningún cuerpo, en especial de personas queridas. Un día me dice: ya no nos veremos más, y no le creo, me quedo pegada a la gorra que me ha regalado; duermo con ella bajo la almohada, miro las iniciales grabadas en el cuero y repito su nombre en silencio para que no desaparezca de mi vida. Termino el colegio y vivimos en el más completo desorden. Hemos dejado de ser católicos para convertirnos a una secta religiosa, que es la única cosa que nos estructura y nos da un poco de confianza en el futuro. La persona que nos había convencido de que era la mejor opción para no desposeernos completamente había sentido la vulnerabilidad de mi madre, su necesidad de protección y se ofreció como asistente voluntaria, era ella quien nos llevaba al cine a ver las películas de kung fu, a los parques de diversiones, o a su casa, donde organizaba veladas en las que uno de sus hijos, un hombre alto y medio sombrío, tocaba el piano explicándonos quiénes eran Chopin o Mozart. Él decía Mooozart, poniendo énfasis en la «o», y nosotras, las hermanas, nos reímos mucho con ello, la risa en ese tiempo se hace oro, es algo vital.

El gobierno militar había terminado, empezaba el periodo de un partido de centro derecha, Acción Popular. Las imágenes de la televisión son en blanco y negro, el sonido es malo, el discurso indescifrable y las frases de mi madre alertan contra una nueva forma de dictadura: la pobreza. Hasta entonces era una realidad abstracta que mordía los riñones obligando a caminar sin mirar esos espacios de castigo, de prisión en forma de casas endebles, sin baños, sin ventanas, donde la rudeza de las voces reclaman a gritos un futuro. Me pesaba la pobreza como única promesa y buscaba guías, parejas, modelos, bebía de las frases del hombre narco como de una fuente, le creía todo. Como era alto, lo miraba como a un Dios, pero sabía que no quería que sintiese ese miedo esperando su turno dentro, no quería que leyese el temor, la vergüenza, ejercitada para disfrazar las cosas, llamándolas de otra manera, inventando situaciones, tal vez un inicio en la ficción. A veces él me llevaba a fiestas de amigos también ricos que ocupaban casas

con grandes jardines y piscinas, consumían coca y alardeaban con hacer un «pase», una venta fenomenal de cocaína a un país europeo, una manera fácil de ganar dinero y no tener necesidad de trabajar ni de integrarse a la sociedad, ser un apátrida, un soberano idiota. Un día, este hombre me dice que debemos separarnos, que soy muy joven para salir con alguien de su edad, que tiene miedo de dejarme embarazada y me está protegiendo. Calculo que está a punto de hacer algo que lo afirme en esa anarquía, que terminará encerrado por muchos años, que su vida se ha entregado a la locura de la ambición y el dinero. Sentados en el muro de la entrada de mi casa, con el cuerpo helado por el frío, sus palabras demolieron la vanidad de mis dieciséis años, borraron cualquier representación de felicidad compartida y me aseguraron la desaparición de su cuerpo, pesadilla que se me presentaba en ráfagas de imágenes suyas en yates lujosos, con mujeres hermosas en la cubierta, noches rociadas de alcohol y cocaína, a las que se ofrecía como un inconsciente, casi un alienado. Él miraba largamente al vacío, sin idea de la conmoción que producía en mí que apenas podía contener las lágrimas y pronunciar una frase de adiós, corriendo más tarde a contárselo a mi madre.

ella me miró y me dijo: no me digas que...

en esas situaciones nunca he podido hablar, mis frases han sido más un balbuceo, una pérdida de identidad que mi madre trataba de calmar con caricias en el pelo y promesas de un falso avenir: ya verás, con tanta gracia, lo olvidarás pronto...

yo no me creía supersticiosa y pensaba comprender que esas rupturas disimulaban una forma de autocastigo latente en la elección de hombres frívolos, indolentes, poco valientes para afrontar la realidad, la primera pista para empezar un trabajo de etnóloga en mi historia que verá en estas repeticiones documentos, textos y cartas sin destinatario, señas biográficas.

nunca conocimos realmente las razones de la separación de nuestros padres aunque entendimos que eran incompatibles, la «incompatibilidad de caracteres» que resaltaba el lenguaje judicial que empezamos a conocer durante la separación, otra palabra familiar que marcará mi tendencia a aislarlas con un cuidado casi quirúrgico, a desear algunas y a ignorar otras. Tal vez la primera vez que tomo conciencia del poder

afectivo del lenguaje empiece con mi primer contrato de edición. Escribo frente a una ventana que da a la rue Matabiau, en Toulouse, escribo un libro como si me fuese dictado, hay algo que se va inscribiendo mientras lo hago, la historia de una renuncia al cuerpo, esa es mi impresión... suena el teléfono y escucho una voz de hombre que me pregunta si soy yo, si tengo algo listo para publicar, alguien que dice conocerme desde hace años, alguien que ha tardado mucho en dar conmigo, pero que al fin me habla en el teléfono. Me ofrece un viaje a Barcelona. No hay entusiasmo de mi parte, la vida siempre me ha parecido tramposa con los momentos de bienestar, como si tuviese que pagar una deuda, dar una justificación a mi existencia.

además comprendo que hay un alto riesgo cuando se trata de inscribir esas experiencias en el límite de la conciencia, como si fuésemos la respiración de las quejas, los males y los sufrimientos del mundo. A fuerza de olvidarme de mí misma ya no sé si soy yo. Me doy cuenta de que, si tenemos el valor de recorrer esos estados alterados, estos se aproximan a la locura en su insistencia por lograr hacer emerger una escritura.

...un día llego a París, es invierno y nunca he sentido tanto frío. Estoy exhausta pero sé que me repondré. No puedo respirar bien cuando pienso en mi madre y en mis hermanos. Siento su desgarró interior, de ellos, de sus voces. Deambulo por las calles del Barrio Latino, entre cafés que revientan de gente entre la que se oye la voz de Laura Pausini. Cuando entro, un olor a tabaco me golpea en el rostro, parejas de jóvenes se recuestan sobre las mesas con manchas de café y ceniceros llenos, me siento bien ahí dentro, sigo envuelta en la música, en el timbre de voz del italiano, dramatizo mi historia, la veo moverse, me seduce... Me siento cerca de mi casa cuando ocupo mi lugar, cerca de la ventana, una nubosidad blanca, licuada, circulando por las calles, adquiero inmediatamente un cierto sentimiento de seguridad, imaginando el rostro de italiana del sur de mi madre, o el de mi padre, con un nombre lejano, casi extranjero. Hay una necesidad de volver a la simbiosis familiar, de creer en el mito protector de la familia, en su cura, y la certeza de haberlos ignorado es



intensa, creo que no podré deshacerme de esa responsabilidad de haberme ido, de haber huido sin argumentar, abandonándolos a la incertidumbre y a la tristeza de verme partir. Soy consciente además de que no podré transformar casi nada, que tengo que despegarme la culpa que se ha adherido a mis entrañas, a mis pulmones, y si escribir no me protege, por lo menos me hará la existencia menos asfixiante.

sin embargo, esto hace que tenga una imagen grave de mí misma (la de la mujer contrariada, siempre insatisfecha y desubicada) en la que me cuesta reconocermé y que nunca me ha agradado. Gustar, gustarse, podría ser muy simple, pero es más complicado, es un muro alto, cubierto de aceite, por donde resbalan las imágenes de un ser completo.

los veranos acostumbramos partir a la hacienda de mi abuelo en la sierra del Perú. Preparábamos maletas con disgusto, lamentando dejar el sol lánguido de Lima, sus playas, su olor intenso a mar, las comidas frente a ese mismo mar con los labios saturados de sal. Nuestro trayecto era rudo y largo, primero por la Panamericana sur hasta la ciudad de Nazca, luego por carreteras escarpadas, tortuosas y sin asfaltar, hasta alcanzar la cordillera de los Andes, entrando en paisajes austeros que se iban cubriendo de tonos verdes cada vez más oscuros, mientras continuábamos subiendo y el cielo se hacía nítido, sin nubes, de un aire puro, un poco picante.

estoy pegada a la ventana del bus, las maletas van sobre el techo y rebotan con cada bache en esa ruta de arena y piedra, mientras avanzamos en medio de un remolino de polvo, nadando en esa inmensidad, a la espera de algo extraordinario. En realidad, en cada viaje me invade un sentimiento exótico, de extranjera, aunque me prometa que me reconciliaré con mis padres, con mi impaciencia por dejar de ser una niña, sin dejar de rozar el sueño de la belleza pura, de las esencias. Quiero conocer de verdad, respirarla como una religión, comprender qué ha sucedido con nuestra alegría y por qué ya no reímos con tanta facilidad. Debí de hablar de esto con una de mis hermanas, tal vez Julia, que me miraba intrigada apoyando el mentón en el respaldar del asiento, o con Sebastián, apurado en encender un cigarrillo a escondidas en las paradas del bus. Cuando estoy en México, siento que esa espera regresa

con la misma intensidad. Tengo que volver a juntar las piezas para poder leer en ellas. Vivo en una calle de la Colonia Condesa, en un departamento amplio, con vista al cielo. Son las mismas guerras antiguas las que permanecen en México y Perú, un sol negro que señala: sometimiento, miedo, la imposibilidad de ver nacer un país sin cicatrices sociales, ofreciéndose al futuro, un país donde el lenguaje no sea siempre una utopía, nadie lo habla de verdad, solo se dice, se comenta, siempre es así en las casas, las fiestas, nadie sabe por qué está diciendo lo que dice. Es una locura. Durante un tiempo hablaré de mi «México fantasma», frase que se alimentaba de mitos y leyendas infantiles que ahora me mostraban lo contrario: un pasado indiferente con su presente, aplastado por la proximidad de otro país económicamente fuerte, una vida socialmente rutinaria y relaciones fosilizadas por un modelo que había logrado imponerse con sus leyes híbridas, poco humanas. Y, sin embargo, la belleza espléndida de ese paisaje, mezcla de sangre y de tierra, no dejaban de prometer una vida diferente.

aunque no miento, en el fondo, no estoy segura de nada de lo que digo.

los letreros anuncian marcas de todo tipo con rostros sonrientes a esa vida, a esa desigualdad.

mientras estoy en suelo mexicano, siento que puedo descubrir la secuencia de imágenes que hacen falta para comprender qué había sucedido con esas promesas de un futuro radiante. Cuando las palabras desaparezcan, las imágenes, ellas, quedarán y no habrá ninguna imaginación que explique qué pasó. Tantos rostros que pasarán sin memoria y sin reconocimiento, es la cara del miedo, ese miedo que yo identifico con una falta de confianza en lo que somos, en lo que sentimos y creemos. Esa cirugía síquica que dibuja un rostro que no es el tuyo, casi una efigie. Con el tiempo, siempre me miro en el espejo tratando de reconocirme, de aceptar mi sexo, mi historia, sin confiar. El mundo entero me dice que no soy la que se refleja en la imagen, debo, pienso, tener otro rostro, uno que nadie conoce, que es invisible.

Las marcas de champú en los envases muestran otros modelos de mujer, los concursos de miss universo, los cuerpos anoréxicos de las modelos en las revistas de moda, rubias

y de ojos claros. Nunca aparece una mujer como las que veo caminar por la calle y a las que me debo parecer. Un detalle que me conmueve en México es la atención que dedican algunas mujeres a su apariencia; a veces, una de ellas se detiene al volante en un semáforo y aprovecha para rizarse las pestañas o ponerse polvo en la cara. Ningún hombre las mira, todos pasan, es una costumbre que sean esas mujeres objeto. A mí, la atención obsesiva al cuerpo me da miedo, no sé dónde poner la cabeza.

A Diego lo conozco un día en la biblioteca de La Condesa mientras revisa una biografía de Juan Rulfo. Es biólogo, le fascinan las plantas raras, los árboles, exhala un olor intenso, invasivo, como las flores salvajes de México. Una luz oblicua, quemada, hacía brillar su piel mate, tensa, de un tenor espléndido, aunque severo. Mientras buscaba otro libro de Jean Meyer que se apresuró en encontrar en uno de los anaqueles, me saludaba, le sonreía, luego bebía café en la mesa de una esquina de La Condesa, con movimientos lentos y la promesa de tener una compañía. Ese cuerpo envuelto en una piel delgada dejaba transpirar una personalidad porosa, de gestos lentos, acompañados de caricias leves en los hombros y en los cabellos al aproximar la cabeza para hablar, siempre mirando de frente, dispuesto a alienarse con una presencia. Esa tarde, antes de cruzar una calle, recuerdo que Diego me abrazó con fuerza, involucrando todo el cuerpo, pegándose al mío con un abandono casi completo, como un hermano gemelo. Pégate a mí, pégate, dijo con un tono de voz tan íntimo que no pude negarme.

Hasta entonces yo no me había permitido demasiados placeres pensando que tenía una deuda con otro hombre del pasado, alguien a quien había visto como una necesidad, una suerte de justificación moral a una parte de mi vida. Ese hombre también escribía, había publicado varios libros, y me había llenado de reproches antes de perderse una mañana para siempre. La imagen de la reconciliación entonces venía de esa persona, del escritor RB que tenía que mandar algún mensaje de perdón, pero ese mensaje nunca llegó, y el tiempo cumplía con su duelo, ese mismo hombre, su tiempo mitológico. Una canción de Lila Downs dice: «hombre, cumple tu tiempo».

Había llegado a México tratando de olvidar al escritor RB, a su cuerpo elevado y moreno, medio inclinado al andar.

Diego y yo frecuentamos bares, cafés, siempre son cafés llenos, casi a punto de reventar, vemos exposiciones que nunca ha visto por falta de tiempo, invadido por el trabajo y las obligaciones familiares. Las tardes son cálidas, aunque llueve mucho. En ocasiones lo acompaño hasta su casa, donde a veces me arregla el cabello sobre los hombros antes de que me vaya, sin invitarme a pasar, esperando que le haga adiós y me aleje. Entonces no tengo trabajo sino que vivo de una beca para escritoras extranjeras del Conaculta, cuento cada peso que gasto, pero mi noción del dinero es tan desordenada y abstracta, que siempre me pierdo en las cuentas y llego con las justas a finales de mes. Las salidas con Diego me organizan, empiezan a borrar la imagen del escritor RB, allá en España. A veces su voz suena en el teléfono en medio de una calle tatuada de autos, descuelgo, casi no lo reconozco.

Me acostumbro al olor de Diego, a tener su nombre inscrito en una hoja de mi agenda, a saber que comía con él, contaba con él, o a sus llamadas en medio de la madrugada que anuncian que se marchará por varios días del D.F., sin precisar cuándo volverá, a ver la puerta de su estudio cerrada por varios días, sin luz, como si nunca hubiese vivido allí. Empiezo a inventar con esas continuas desapariciones, o con alguna frase que deja grabada en el teléfono en medio de la urgencia: que regresa en unos días, o que necesita que le llame urgente. Algunos de sus términos y expresiones, frases, me parecen códigos de un lenguaje críptico, una piedra pesada que no logro remover. Me conforta mejor pensar en un hombre espiritual que no necesita expresarse con frases claras sino con silencios, y sin embargo, sé que nunca me acostumbraré a vivir en esa pobreza del idioma. Un día, durante uno de nuestros encuentros, él me había mostrado una marca de nacimiento en la espalda, una de color ocre que parecía una huella de pata de tigre. Me explicó que su madre lo interpretaba como un signo de distinción, él también pensaba que era así, por lo que creí comprender que significaba un vínculo exclusivo entre los dos, aunque sonreí sin tomarlo en serio. Más tarde, me confesó que estaba muy enferma y que no pensaba alejarse de ella, adelantando la insignificancia de nuestra relación que inmediatamente inscribí en una constelación lejana

que, en esos instantes, como la cola de un tigre, azotaba el cielo de México. Ahora, que el teléfono había sonado, podría tratarse de ella, ¿cómo no lo había intuido? Empezaba a lamentar no haber sospechado antes de colgarle y pasaba frente a su estudio pensando en dejar una nota explicándole mi distracción. Paso varias veces por la misma calle como si persiguiese esos remordimientos, tratando de expulsarlos en la repetición del gesto, a veces, con resonancias de mi vida en Francia, caminatas en las calles desiertas de la rue Mozart, en las que imaginaba una y otra vez mi infancia pensando que así no me perdería, que así no perdería a la persona que había soñado un día con llegar a otro país, sin pasos ciegos hacia esa tierra, aunque avance silenciosa sobre el pavimento, en una búsqueda, una espera de encuentro con mi pasado para mirarlo de frente, decirle sin miedo: ahí estás. Como cuando era niña y creía que iba a sorprender a una especie de monstruo al entrar a oscuras en la sala, escondiéndome detrás de la puerta antes de saltar y decirle: *¡vade retro!*

Rue Ranelagh.

Rue de la Pompe.

Sola.

Los pirineos, mi bicicleta, los pirineos, mi bicicleta...

Sola...

buscar a Diego, recostarme sobre su espalda, sentirla respirar. Su piel adelgaza cuando se pega a los huesos, es casi transparente, una duna por la que puedo rodar con la imaginación. A veces, me mira sorprendido cuando se da cuenta de que lo observo dormir: un ojo alerta se voltea y descubre que lo miro, su boca abandonada a ese placer egoísta, sabio y sin deseo que contiene el sueño.

De pequeña me gustaba saber que todos mis hermanos estaban en casa para ir a acostarme y dormir tranquila. Cuando esto sucedía, mi sosiego era absoluto y podía abandonarme al sueño sin ninguna aprensión. Primero rezaba frente a la imagen de la virgen de Fátima, hincada sobre mis rodillas, rogándole por ellos, mis hermanos, por mi madre, que no sé cómo proteger, invadida por la frustración de no volver a verla sonreír. Mi madre nos había matriculado en un colegio religioso donde nos obligaban a asistir a misa por las maña-

nas, el pelo aún mojado, el sueño acumulado en los párpados, antes de entrar a clases. Nos obligaban a mantenernos erguidas, como chicas burguesas que saben mantener una postura considerada decente, ocultando el malestar y el aburrimiento. Pienso que debo hacerlo por mis hermanos, por mis padres, que entonces anunciaban con peleas, gritos y ofensas una pronta separación. Debo vencer el aburrimiento y el hartazgo de la adolescencia.

tarareo *Girl You'll Be a Woman Soon*, sobre el asiento de la bicicleta que conduce mi hermana Beatriz, voy vestida de mujer, con falda de seda y zapatos de tacón alto.

por la noches mi madre llega del trabajo cargada de regalos, historietas, juguetes de plástico que son la novedad y despiden un olor a nuevo, de época que promete borrar la enfermedad y luchar contra la vejez, juegos sociales: *Scrabble* y *Monopolio*.

en el colegio soy una buena estudiante, consigo notas altas con poco esfuerzo y casi no asisto a las clases que no me interesan, me apoyo en la complicidad de mi madre que me inventa excusas, citas con el dentista, y una lista de enfermedades, siempre dispuesta a ser mi aliada. Mis hermanas y mi hermano salen apurados para llegar a la hora, cogen sus maletines, sus loncheras de aluminio que no tardo en alcanzárselas, despidiéndome con un gesto de la mano en la entrada, antes de ponerme a leer los libros que mi padre ha olvidado en la biblioteca, ediciones canónicas que mi madre me iba autorizando a leer a medida que los iba devolviendo a su lugar. Sentada en una silla, a la sombra de algún árbol, devoro los libros de Shakespeare, Dickens, Miguel de Unamuno, navego por la vida menospreciando el colegio, faltando cada vez más, pensando que en lugar de aprender, lo que hago asistiendo a clases es fijarme dentro una categoría social, ser un estereotipo, una caricatura de mí misma. Tengo entonces el cuerpo de una adolescente, los senos han crecido y los hombres me miran por las calles. Mi hermano Sebastián me exige que use sostén para salir a la calle, me dice que le da vergüenza que sus amigos me miren. Yo me siento demasiado delgada para atraer la

mirada de sus amigos. Mis hermanas son torneadas, fuertes, mucho más atractivas que yo. Mi imaginación fantasea con una vida libre, a través de los cerros pelados que rodean nuestro barrio, trascendiéndolos, inventando itinerarios, pueblos distintos, sin ninguna frontera para una imaginación que empieza a morder la ficción.

a veces, bajo una luz invernal y melancólica que hace latir más fuerte nuestras soledades, nos encontramos en una calle con Sebastián, nos evitamos y seguimos nuestro camino. Nuestro vínculo de hermanos se hace más desesperado, más endémico. Al alejarnos nos hacemos conscientes de que no podremos nada contra eso, es algo sellado, secreto. Empiezo a ser la madre de mis hermanos, la que guía, la que protege. La mirada de Sebastián recorta en ese instante en que se aleja prometiéndome que no tardará, una mujer más vieja, más sólida, que acepta saltarse la infancia.

en general mis compañeras de colegio interpretaban mis faltas como una forma de desprecio hacia ellas, un sentimiento de superioridad, convencidas de que evitaba su compañía. De pronto, es una de ellas quien decide preguntarme por qué tengo esa mueca de fastidio siempre dibujada en la boca. ¿Qué me disgusta?, ¿por qué me aburro?, ¿siento que soy superior?, ¿me creo una reina? Empieza la necesidad de refugiarse en el sueño para ignorar la realidad, renegaba de mi cuerpo, no quería hacerme cargo de él y nadie me podía exigir lo contrario. Dejo mis cabellos sueltos, y si me dicen que debo ponerlos en orden, como una chica educada, decido atarlos en dos colas de caballo que rebotan sobre mis hombros. Luego, me miro en el espejo y saco la lengua a la imagen alargada del reflejo, decido que es solo una concesión momentánea, volveré a mis cabellos sueltos y enredados, me muevo con precisión, doy pasos fuertes, militares, me siento en guerra y acepto ir así al colegio donde mis compañeras me ametrallan con más preguntas, ¿por qué no llevo el pelo cómo todo el mundo, por qué uso esas faldas tan largas, las medias hasta las rodillas, por qué no me abro la camisa hasta el nacimiento de los senos, me rizo las pestañas, por qué, ¿por qué?

frente a esa necesidad de gustar a las jóvenes estudiantes se impone la educación militar, masculina y castradora, creo

que jamás he asistido a un abominable desfile de fiestas patrias, programado entonces por el gobierno militar; rogaba a mi madre que hiciera todo lo posible para no dejarme ir y sufrir la humillación de ser un soldado uniformado, levantando piernas y brazos, robotizada, industrializada, esperando bajo el sol, muerta de cansancio y de aburrimiento. Mi madre aceptaba exonerarme después de protestar, alzando la voz, vas a tener problemas con la directora, la nota de conducta, y luego se las arreglaba para pedirle a algún amigo médico que inventase otra gripe, otra infección urinaria.

para mí, que sentía el fuego de la rebelión, los desfiles militares, las imposiciones no concertadas, prometían recortar más libertades en el futuro, una de las razones por las que sentía la necesidad de evitarlas. Nuestras pocas salidas las hacemos entonces con nuestro padre al circo y a las ferias internacionales que se hacen en la avenida La marina, camino al aeropuerto de Lima. Entonces el aeropuerto es muy pequeño, con una torre que sobresale como un hongo visible desde la carretera. Otras veces vamos hasta el aeropuerto a recibir a algunos tíos, hermanos de mi madre que viven en los Estados Unidos, adonde huyeron después de la crisis. En las radios se oye a Silvana di Lorenzo, a Jeanette, combinadas con algunas otras canciones de rock en castellano. Nosotros tenemos la oreja sensible para el rock en inglés, el *reggae*, el *punk* de los Sex Pistols o las canciones de Kiss.

las calles todavía no están suficientemente iluminadas, el urbanismo no es la prioridad aunque existan talleres y empresas que conciben una ciudad con jardines y veredas sombreadas de árboles. Lo importante es construir en alto en una ciudad que tiene una demanda creciente de vivienda. Entonces se normaliza el abandono de la sierra por la ciudad, las poblaciones huyen deprimidas por una vida monótona y sin posibilidades de mejorar. Son poblaciones más mestizas, arraigadas en la cultura andina que pronto se unirán a la criolla de la costa. En las colinas de arena y sal de Lima aparecen anuncios teñidos de nacionalismo, de bebidas gaseosas y compañías mineras, se busca un «alma nacional», pero nadie sabe a qué corresponde, no tenemos narración, no tenemos casi nada escrito sobre el pasado.



cuando regresamos de nuestras vacaciones en la sierra, nuestras compañeras nos dicen que tenemos el acento de esa región, que es horrible, que no sabemos hablar castellano, que hablamos como «indias».

Una tarde Diego me encuentra sentada en una escalinata, a la entrada de su estudio, vestida con un *jogging*, el pelo peinado en dos trenzas que he hecho inconscientemente frente al espejo esa mañana. Me dice «pareces una niña-india», al acercarse a darme varios besos en la boca, murmurando en la oreja, «una peruanita perfecta».

de alguna manera Diego me devuelve a las arenas tibias de mi infancia, encarnada en el hablar directo, casi desnudo, con pocas figuras de lenguaje, austeridad que lo mantenía en conflicto con su amor incondicional por la biología que no lograba transmitir a sus alumnos sin un vocabulario, jóvenes llenos de necesidades y de frustraciones. Incluso, percibía una amargura en él por no poseer la facilidad de un lenguaje para convencer. Cuando paseamos por las calles burguesas de Polanco, Diego circula a toda prisa, como evitando detenerse ante ese mundo que no le pertenece y que no desea. Me gustaba que Diego fuese indiferente a ese mundo del dinero y la ostentación, libre del deseo de tener una casa, un patrimonio o una familia, sin poder evitar ver en esa renuncia una cierta rabia, una herida encubierta. Cuando entre por primera vez en su casa, esa certeza de un posible desalojo (como un lenguaje que separa, disecciona), de una posible partida, me oprimirá el pecho. De alguna forma soy una garantía de entrada en ese mundo de privilegios con mi forma cuidada de hablar y mis expresiones, lo que él llamaba, «excentricidades», sin darse cuenta del verdadero significado de esta palabra, inspirándome un sentimiento de ternura. Diego es el niño en el fondo de la clase que quiero proteger. Él me dice que mi lenguaje le hace soñar, pensar, mientras intercambia cuidados, masajes, recetas de comida que escribe en trozos de papel que deja pegados en la puerta del refrigerador, antes de irse a dar clases. Mi presencia lo seduce, mi manera de hablar le parece mágica, sofisticada, y me siento a descansar en esa imagen confortable

de mí misma, no me da vergüenza. La primera vez que se acerca a besarme los senos, a devorarlos con hambre, siento que se come mis frases y se apodera de mi lenguaje. Prometo que le enseñaré a hablar, es muy fácil acercarse a las palabras, «ya verás, no hay que tenerles miedo». Le digo que no es una cuestión de clase, yo también he sido una «ignorante», digo que en mi casa había pocos libros, miento, que no tenía muchos juguetes, que faltaba dinero para completar el «diario», que jugábamos con niños que nos despreciaban desde que caímos en la pobreza, intento convencerlo de que nuestros desfases no significan nada.

en países donde la estabilidad no existe, nadie desconoce lo que es la fragilidad de una mala educación.

¿Te imaginas? Tanto tiempo estudiando para nada. No aprendemos nada.

bebemos vino en un restaurante de una calle muy animada, en México el vino no es caro, tampoco es bueno, pero es bebible, lo tomamos por copas, casi nunca bebemos botellas enteras. Diego, con una cierta fobia de la luz, transformado en una criatura de la penumbra, alejándose de las bombillas y las lámparas demasiado potentes, igual a un animal paralizado en medio de una autopista por los faros de un carro, escondiendo el rostro que yo quiero aprender de memoria y rescatar esa mirada de la noche a la que lo habían condenado, bajo el cielo inmóvil de su ciudad. Se lo digo mientras sus ojos negros se vuelven para mirar a las mujeres que entran alborotadas por la lluvia al restaurante, inventándose una historia con cada una de ellas, una historia imposible que no tardo en imaginar. Me conmovía la manera en cómo se entregaba a su deseo y aceptaba ser la cómplice, contenta de mi falta de celos y de posesión. Esa imagen de animal aterrorizado en medio de una autopista hacía que me compadeciera de mi propia necesidad de querer siempre gustar, ser aceptada sin falla y sin condiciones. Empezaba a ser su hermana, su cómplice y, poco a poco, la amante.

fuera de esas noches en que no hablamos mucho, vamos a bailar a lugares de salsa y música retro. Aunque me parecen lugares de mal gusto, me conmueve verlo dar un salto para ubicarse en medio de la sala, extendiendo el cuerpo, colgado de un eje invisible en el espacio, diciéndome que ya veré cómo

sabe bailar, desplazando su cuerpo de un lado al otro, con movimientos firmes que mueven piernas y brazos en compases coordinados, bajando la cabeza para pedirle perdón a una autoridad desconocida, como si temblara ante la idea de un castigo, preso de ligeros espasmos que tensan sus músculos como si fuesen a estallar, seguido de otro movimiento de cabeza lánguido, en caídas verticales, mientras una música electrónica suena hueca, casi desesperada, en esa misma sala, donde descubro que necesitaba de él, de su baile loco y sin respuestas. Lo único que me puede ofrecer, ahí, en el centro, el príncipe Cuauhtémoc.

también leo en él los rasgos de algunos hombres del pasado en el Perú, trazos delicados, huidizos, separados de los gestos que buscan señales de identidad en el exterior, una aprobación, una explicación a esa vida que no tiene nombre, que no sabe para quién vive. Es un profesor que me sigue en mis movimientos torpes en la escuela, que me perdona excesos y me deja soñar con ser una mujer. El colegio llevaba el nombre de un desconocido y ocupaba una antigua casona de gente caída en desgracia, de grandes jardines, terrazas, cancha de tenis, y piscina. Estaba acostado al pie del cerro rocoso, en medio de ese paisaje mineral y desértico que rodea Lima, envuelto en cipreses que arranco de prisa cuando paso delante para sentir su olor a bosque. Vivimos solo a tres cuadras del colegio, lo que nos permite levantarnos más tarde y prepararnos a última hora. Yo soy siempre la más demorona, me quedo pegada a la almohada esperando que el sol me pegue de lleno en la cara, mientras mis hermanas se turnan el baño, dejándole siempre el último puesto a mi hermano Sebastián que se ve obligado a hacer cola, quejándose de que llegará tarde a sus clases de matemáticas. Mi madre me observaba balancearme sobre mi tazón de avena Quáker, que leyese las etiquetas medio hipnotizada, casi sin peinarme, con el uniforme gris apenas planchado, antes de salir corriendo a la escuela. El profesor se llamaba Pablo y tenía la misma piel dura y cobriza de Diego, su cuerpo parecía temblar cuando se acercaba a dibujar con tiza sobre mi carpeta una ecuación de geometría que no había entendido, agachado para ocultar de la mirada acusadora de mis compañeras de clase, el dibujo que yo lo graba proteger con mi brazo plegado, leer el contenido y

terminar el examen. Cuando su cabeza se inclinaba, podía contemplar su nuca lisa y suave, parecida también a la de Diego, tentada de estirar la mano para acariciarla, pero sin atreverme; ignorando lo que es el cuerpo de un hombre, estremecida por la idea de terminar por ver un hombre desnudo. Una tarde mi madre me lleva a un museo de cera en el centro de la ciudad y allí me enseña lo que es un sexo masculino. Creo que mi madre se sintió inmediatamente obligada a darme una explicación sobre el embarazo, cómo se concebían los niños, las pruebas de amor que los hombres pedían a cambio, los riesgos y todo lo que una niña de trece años necesitaba saber esa edad, mientras nos deteníamos cerca de una carretilla a comer las entrañas asadas de res, sin interpretar cómo ese gesto nos va acercando a nuestra situación de verdadera precariedad. Entonces esa realidad no me parecía violenta, sino feliz, eran los únicos momentos en que mi madre y yo parecíamos estar muy cerca, como dos amigas íntimas. Pensaba a lo mejor que le hablaría de Pablo, a quien imaginaba siempre fragmentado, sin atreverme a pensar en un cuerpo completo, luego llegará una nueva estudiante rubia a mi clase, de ojos color miel, de familia rica, dueños de unas minas de oro en el sur del Perú. Suponía que el oro ella lo llevaba en los cabellos largos que se sacudían cuando caminaba como una sirena en medio de la clase. Empezaban las expropiaciones del gobierno del General Velasco Alvarado, la «revolución peruana» que terminaría con las diferencias entre ricos y pobres, la mayoría de gente dice que les van a quitar todo, que las tierras, las empresas, los bancos, irán a parar a manos del gobierno y del pueblo.

«el pueblo» es la gente que tiene la piel cobriza y marcada por el sol, es la gente de rasgos indígenas, la que huele mal, la que no necesita estudiar, ni vivir mejor. Esta teoría neo-darwiniana ejercía un efecto hipnótico en una parte de la población de clase media, también mestiza o de origen europeo. El origen es una obsesión, los apellidos, las genealogías. Imposible reconocer un antepasado indígena, oh, la vergüenza...

Se aproxima la primavera, aunque sin estaciones muy diferenciadas, todo el mundo festeja la llegada de esa idea de cambio que nunca sucede del todo. El gobierno impone la enseñanza del quechua como idioma obligatorio, Pablo dice que

es normal, es nuestro idioma y empieza a ocuparse de la nueva estudiante, le escribe también cosas en la carpeta, cuida sus tareas y le sonrío cuando ella le hace una pregunta mientras yo me consumo de celos, sobre mi asiento de clase, fulminada por la humillación, perdiéndome en la cola de brillo azul que atraviesa el cielo, esa fusión fría del espacio, más allá de toda realidad que pudiera aparecer en una ventana, refugiada en esa impresión estética. Empezaba a representar, a oponer la imagen a la realidad. Aunque supiese que seguía teniendo una relación privilegiada con él, que era rápida componiendo sonetos y alejandrinos que impresionaban a Pablo, que me vestirían de Blancanieves para la fiesta principal del colegio, ya no me basta. Tendré que mostrarme en público, hablar, durante la lectura de un cuento que Pablo me había preparado con algunas modificaciones, para que pueda sentir que vuelvo a tener un valor ante sus ojos. Cuando bajo del estrado a zancadas, lanzando los brazos hacia delante como signo de libertad, en una atmósfera que empieza a ser asfixiante, siento que dejo de oír a mi madre que solo habla del miedo al gobierno militar, de su falta de respeto por los derechos civiles, de nuestra situación como clase social en peligro.

No me esperaba que, al verme llegar disfrazada, Pablo exclamase qué linda. Enrojecí tanto, que una de mis hermanas comprendió enseguida mi turbación y se lo dijo a mi madre: está enamorada de su profesor, mamá.

el enamoramiento del profesor coincide con nuestro empobrecimiento. Primero fueron los refrigerios más austeros, pan con jamón, jugo de papaya, una manzana, y, a veces, chocolate; luego siguieron los panes con mantequilla que empecé a disfrutar cuando decidí que debía comer con la boca abierta, mostrando el contenido y los dientes, como una forma de mimetizarme con lo que estaba pasando, un marcado deterioro que nos conduciría directamente a una forma de existencia vulgar y sin dignidad social; ni usurpadoras ni usurpadas, solo clase flotante en ese marasmo de la no-historia, de un pasado que no se concibe ni se narra. Me convengo de que los panes con mantequilla son deliciosos, de que puedo saborearlos al sol hasta que la luz se consuma en el espacio entero. Cada sabor representaba un paso en dirección al desarraigo: la avena un poco rancia, las galletas de vainilla que mi madre empieza a

comprar por costales que se acumulaban en la sala, cerca de la biblioteca. Empiezo a dar paseos sola, a acostumbrarme a la soledad y el silencio, renunciando a mis hermanos, a quedarme dormida en el sillón de la sala mientras escucho el arrastre de los tachos de basura, muy tarde por la noche.

es un ruido seco, como si un ser desconocido hiciera girar una rueda gigante de piedra.

entonces nuestra madre empezó a leernos novelas sobre la extensa cama que había quedado vacía desde la partida de nuestro padre. Nos leía la vida de Genoveva de Brabante hasta quedar agotada con el libro entre las manos mientras suplicábamos que siguiera con la lectura, al borde del llanto. Yo era Genoveva, igual para Sebastián, Beatriz y Julia, creo que nos intercambiábamos los roles, aprendíamos, sin querer, a actuar. También nos lee Colmillo Blanco y Oliver Twist, duramos en nuestro silencio, somos atentos, empezamos a encontrar una justificación moral a nuestra historia y darle un valor ejemplar que nos distinguirá de los demás niños de nuestra edad. Trágicos y singulares por esa situación, nos refugiábamos en esas historias para salir a la calle cubiertos de esa ficción, poseídos, casi despersonalizados, convencidos de que nuestra vida es distinta. Fascinación por la ficción que nos viene también por parte de mis abuelos maternos. Un abuelo devorador de novelas, y una abuela extrovertida que había despertado mi curiosidad por la narración en primera persona cuando me hablaba de su vida de joven, de cómo conoció a mi abuelo y su viaje al pueblo donde se instalaron, en plena sierra. La travesía había sido a caballo, viajando a través de tierras frías, escarpadas y altas, imágenes que yo mantenía nítidas en la memoria de aquella abuela recostada sobre una cama, envuelta en una chompa de tejido rosa y pantalones de gabardina, el cabello rojo, con fuerte olor a laca, una Greta Garbo. Esa abuela que se fue doblando con los años, devorada por la artrosis, hasta convertirse en otra persona de rostro siempre iluminado y de mirada brillante, con largas pestañas cubiertas de rímel negro.

en mi última visita a Lima, la había visto más encorvada, pero todavía sana.

Un día llamo a mi madre y me anuncia que mi abuela ha tenido un infarto. La habían internado y se encontraba muy

mal. Mi madre no parecía triste, ni siquiera sabía si iba a morir, era honesta. Otra mañana me desperté de un sueño alarmada: había perdido una muela. Sonó enseguida el teléfono y era mi tía: mi abuela acababa de morir. Freud decía que la pérdida de un diente o una muela significaba el miedo a perder a un ser querido. La desaparición de mi abuela me dejó varios días sin habla, acostumbrada a oír su voz hablando de mi madre, haciéndola visible y entera, existiendo no solo como madre, sino también como hija, lo que me daba una imagen más clara de mí misma. ¿Cómo iba a hacer de ahí en adelante?

Vivo en la calle Beaubourg, en el centro de París. Salí a caminar por París y llamé a un amigo. Le dije lo que había pasado, me contestó: reza, anda a la iglesia y reza. Caminé hasta la iglesia de Saint Eustache, entré a respirar dentro de esa bóveda con olor a lirios donde nadie me conocía, oyendo mis pasos deslizarse sobre la superficie fría del suelo, sin acostumbrarme al silencio. Las iglesias siempre me han parecido un lugar de recogimiento al margen de mi falta de fe, me devuelven a mi infancia, a esos instantes en que rezo en la iglesia de mi ciudad para evitar que mis padres se separen, rezo enloquecida, sorbiendo las lágrimas, medio asfixiada. Caminé entre los arcos góticos, en palmera, miré las efigies, olí el incienso, sentí el silencio, cada segundo de silencio como una gota densa que me recorría la espina dorsal anunciando una forma de madurez y luego regresé más serena a mi departamento en el Marais.

con el tiempo, Diego siempre desaparece por periodos cada vez más largos, sin avisar, lo que me hace buscar su olor, el mismo perfume, en otros hombres, un rasgo suyo en cualquier anónimo que ha comprado la misma marca, sentado con un periódico en un café o un restaurante. Esos abandonos me recuerdan demasiado a mi padre, aunque los recorra orgullosa de ser valiente, esperando encontrarme al final con Diego. Esta vez decidí llamar a casa de su madre. Me explicó que Diego no había salido de su casa durante varios días. Pregunté la dirección y decidí ir a buscarlo. Cuando le increpé a su madre por qué no contestaba al teléfono, pareció sorprendida y sentí un poco de celos. Diego era su único hijo. Hacía cinco años había regresado de Chicago y pasaba mucho tiem-